

Utopía, Ciencia y Lucha*



Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, George W. Bush



Ex Presidente de México, Ernesto Zedillo Ponce de León



Ex Presidente de México, Carlos Salinas de Gortari



Ex Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, George Bush



Presidente de Venezuela, Hugo Chávez



Presidente de Cuba, Fidel Castro Ruz

Alonso Aguilar Monteverde



Alonso Aguilar M.

La Conferencia en que ahora participamos, cuyo propósito central es contribuir al bien de todos, a través de un mundo mejor, es muy oportuna porque si bien mucho se ha hablado en los últimos años acerca de que la globalización y una "nueva economía" harían posible la elevación de los niveles de vida e incluso una prosperidad sin precedentes, lo cierto es que nos enfrentamos a viejos y nuevos problemas en una sociedad cada vez más desigual, en la que la riqueza de una minoría privilegiada contrasta con la dramática pobreza de millones de personas, a un masivo desempleo que hace emigrar a numerosos de hombres y mujeres de países subdesarrollados a naciones económicamente avanzadas, a situaciones de inestabilidad y de crisis, y a una creciente inseguridad, violencia y crímenes que a menudo no se cometen ya individualmente en forma aislada sino por grupos y mafias que se dedican a delinquir.

Nuestra Conferencia puede ser, además,

Conferencia del Maestro Universitario Alonso Aguilar Monteverde Para avanzar, no se puede hacer a un lado la teoría económica y las ciencias políticas, como se intenta hoy La juventud debe buscar el verdadero cambio político y social

muy importante y útil, porque los problemas que nos aquejan no son insolubles; en realidad todos pueden resolverse si se lucha de

manera organizada y unida. O en otras palabras, su solución es viable a largo plazo, si se trabaja políticamente a escala nacional e internacional. Para lograr lo que se pretende no bastan acciones coyunturales de corto alcance ni esfuerzos espontáneos meramente pragmáticos. Se requiere trabajar sobre bases teóricas precisas, no divorciar la teoría de la práctica, proceder en posición crítica y autocrítica y no caer en una u otra forma de oportunismo, sectarismo o dogmatismo.

La presente ponencia intenta hacer algunas consideraciones en torno a tres cuestiones importantes y estrechamente relacionadas entre sí; a saber: utopía, ciencia y lucha.

Utopía

Empecemos con algunas reflexiones sobre la utopía.

Pedro Henríquez Ureña escribía hace algunas décadas:

"...esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.

"¿Hacia la utopía? Sí; hay que ennoblecen nuevamente la idea clásica.

La utopía no es vano juego de imagina-

ciones pueriles... El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. Es el pueblo que inventa la discusión, que inventa la crítica. Mira al pasado y crea la historia; mira al futuro y crea las utopías... Cuando el espejismo del espíritu clásico se proyecta sobre Europa, con el Renacimiento, es natural que surja la utopía. Y desde entonces, aunque esta se eclipse, no muere... Hoy, sólo una luz ilumina a muchos espíritus: la luz de una utopía... donde se vislumbra la única esperanza de paz..."

Tiene razón Fernando Cardenal cuando dice: "Si no hay esperanza, no hay utopía, el trabajo se convierte en una mera labor de subsistencia, pierde toda dimensión de realización personal, de ideal, de sueño, de construir algo hermoso..." Más adelante, añade: "la injusticia estructural que, como decía Las Casas, hace a la población de América Latina morir antes de tiempo, indica que las utopías no sólo tienen futuro, sino que también se tornan necesarias y urgentes. Pero no se encontrarán en ningún estante de supermercado. Surgirán en la medida en que los empobrecidos se vuelvan artífices del cambio hacia un futuro mejor." Y el propio autor,

expresa: "desde Marx y Engels, la utopía es algo que se puede construir si trabajamos, es algo posible..."

Numerosas personas piensan que las utopías son anticientíficas e irrelevantes.

En efecto abundan las que, sin partir de una crítica seria de la realidad social presente, sugieren sin fundamento que nada cambiará en el futuro, y todo será igual y aun peor e incluso que todo será mejor. Tales planteos carecen de bases sólidas y lo que no es menos grave, de imaginación y coherencia. De estas utopías que nada ofrecen porque son inviables, podrían mencionarse las de ciertos "capitalistas utópicos." Es decir, las de quienes creen que si tan sólo retrocedemos podrán resolverse los problemas actuales. Por ejemplo, si el capitalismo monopolista plantea ciertos problemas, pues retornemos a la fase premonopolista y al capitalismo de las pequeñas empresas y la "mano invisible" de Adam Smith. O en otras palabras, si las políticas neoliberales nos parecen inaceptables, volvamos a viejas políticas burguesas y saldremos adelante, lo que es del todo falso y una mera ilusión, porque esas políticas ya cumplieron su cometido, y

aun aquellas que tuvieron cierto éxito —ni qué decir de las que fracasaron— son ya inaplicables. Más adelante veremos que ciertas utopías son atractivas y serias, y que abren caminos para avanzar hacia el futuro.

Las primeras utopías, podríamos decir clásicas, como la de Tomás Moro y la Ciudad del Sol, de Campanella, expresaron el ideal de avanzar hacia una sociedad justa, y unos siglos más tarde, los socialistas utópicos plantearon ya lo que frente a las fallas del capitalismo podrían ser diversas formas de socialismo. Tal fue el caso de Saint-Simon y Fourier, en Francia, y de Robert Owen en Inglaterra.

Saint-Simon (1790-1825) era rico e incluso descendiente de Carlomagno. Su obra no es unitaria sino que consiste en múltiples escritos en los que los principales problemas se examinan a menudo de manera dispersa, fragmentaria y aun contradictoria.

Saint-Simon fue durante varios años especulador, y a la vez un idealista que viajó a Estados Unidos para participar en la guerra de independencia norteamericana, y que simpatizó con la revolución francesa de 1789. Fue también autor de varios libros, y de él es

la frase: “La edad de oro de la humanidad está enfrente y no detrás de nosotros”, por ello su empeño en buscar caminos que le permitieran alcanzarla.

En un momento dado, Saint-Simon fue perseguido por sostener que: “Francia nada perdería si los miembros de la familia real desaparecieran... junto con la aristocracia, los altos jefes, los clérigos...; pero perdería mucho si desaparecieran los mejores estudiosos, artistas y trabajadores manuales e intelectuales.”³

El Saintsimonismo recorre cuatro etapas: “La primera está representada por las obras de Saint-Simon hasta 1814-1815. Sus principales rasgos son el culto a la ciencia y los estudiosos, así como un humanismo bastante abstracto...”

La segunda etapa corresponde a las obras maduras de los últimos diez años de su vida. En ellas, Saint-Simon se rehúsa a reconocer el capitalismo como un orden natural y permanente, y afirma que será reemplazado por un nuevo y mejor orden social.

La tercera etapa del Saintsimonismo y de hecho su florecimiento comprende los escritos y la actividad de sus discípulos, desde la muerte de Saint-Simon hasta 1831. Y la cuarta y última etapa, por cierto de declinación, empieza ese año, y deja ver que carece del apoyo de los obreros, y en realidad no influye en las primeras luchas revolucionarias del proletariado francés.

Y aunque le preocupan fundamentalmente los pobres, lejos de reparar en el papel y la profundidad de la contradicción capital-trabajo, Saint-Simon considera que los intereses de la burguesía y el proletariado coinciden, y que incluso serían ciertos empresarios los que estimularían la producción y acabarían con la anarquía, la explotación y el desempleo.⁴

Charles Fourier (1772-1837) advierte, con mayor claridad las injusticias del capitalismo, y lo critica con más rigor desde una posición que revela un sentido de la historia y un pensamiento dialéctico. Como Saint-Simon, cree que la sociedad recorre diversas etapas y que cada una de ellas contiene siempre elementos de las previas, llega a un punto alto y después cae. En ese proceso histórico siempre hay contradicciones y la pobreza, concretamente en la etapa de la “civilización” burguesa, nace de la abundancia.

Fourier llega a la conclusión de que la sociedad burguesa es transitoria, y que en el futuro habrá una sociedad armoniosa y justa, el falansterio, en el que seguirá habiendo propiedad privada. Es autor “de ideas excelentes sobre la organización de una futura sociedad socialista.” Engels escribe que el valor de la escuela de Fourier estaba “en su investigación científica, su pensamiento sobrio, sin prejuicios, sistemático, en suma, su filosofía social.”

Ha pasado mucho tiempo desde la publicación de las obras de Fourier. “La vida mis-

ma ha superado de su obra el misticismo y la fantasía sin base, de sus ideas sobre la transformación de la sociedad humana.”

A los treinta años de edad, Fourier afirma que su vocación es la de un reformador social, y escribe: “a partir de los métodos de las ciencias naturales, descubriré las “leyes del movimiento social.”

Fourier elabora un plan para transformar la sociedad burguesa en un “orden armónico” futuro, y no acepta que el capitalismo sea un sistema natural y permanente.

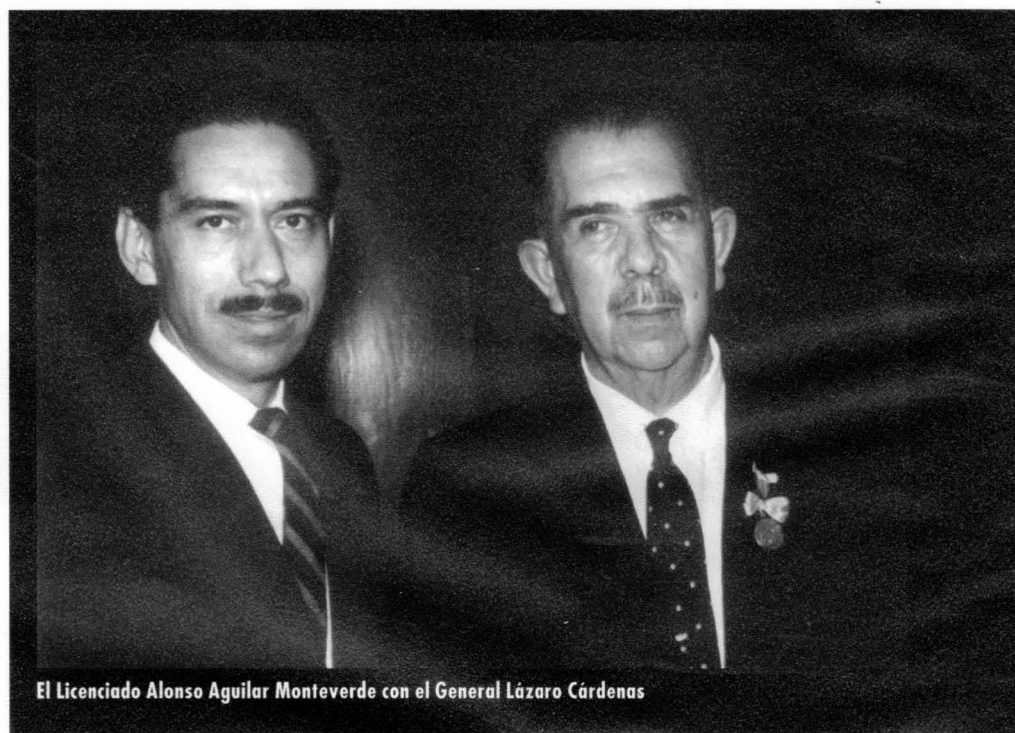
Intenta crear una asociación de organizaciones de trabajadores que llama “falanges”; y al lugar en que esas “falanges” habrían de vivir lo denomina “falansterio”. Todo ello surgiría bajo la sociedad existente, y con el apoyo de los ricos interesados en donar dinero para hacer posible el proyecto.

lo que Fourier se propone asegurar.”

“Dentro de la concepción de Fourier, las desigualdades de fortuna son una condición de la armonía social, pero el bienestar de que se goza en la falange permite a la clase pobre un nivel de vida superior al de la más desahogada pequeña burguesía de la “civilización”.

Diferencias de fortuna, por otra parte, no quieren decir explotadores y explotados. En el falansterio todo el mundo trabaja y se asocia espontáneamente, según sus preferencias.”⁵

“Pero, por su crítica lúcida de la sociedad ‘civilizada’, por su aguda comprensión de las contradicciones que la desgarran, y por su afirmación de que toda sociedad lleva la posibilidad de engendrar lo que vendrá, Fourier se coloca entre los precursores del marxismo



El Licenciado Alonso Aguilar Monteverde con el General Lázaro Cárdenas

Algunos de sus alumnos tendieron al reformismo, y desde luego, su doctrina no fue aceptada por la clase dominante, que para Fourier estaba formada tanto por los empresarios como por los trabajadores asalariados, que en conjunto eran la única clase trabajadora.

Aníbal Ponce recuerda que Fourier pensaba que “se puede apreciar el grado de emancipación de la humanidad por el grado de emancipación de la mujer.” El propio Ponce escribe: “Las... pasiones conducen al hombre a una guerra permanente consigo mismo y con los demás. La ambición, por ejemplo, contraría a la amistad, y el interés personal nos mueve al fraude y la mentira...” “La industria y la ciencia han creado los resortes necesarios para fundar un régimen social incompatible con la pobreza y la ignorancia...”

“Salud, bienestar, libertad y armonía, es

y lo anticipa a veces en sus concepciones oscuras y en su prosa desquiciada.”⁶

Robert Owen (1771-1858), a su vez, fue un empresario y burgués industrial que, más que en la teoría se interesó en la práctica, y en cómo ésta podría contribuir a elevar las condiciones de vida de los trabajadores. Fue así que pensó que al reducir la jornada laboral, asegurar que los trabajadores retuvieran el fruto de su propio trabajo y establecer guarderías para los niños, podrían organizarse colonias comunistas –que incluso él trató de crear en Estados Unidos– en las que se superarían la desigualdad y la injusticia; pero el proyecto no tuvo éxito y Owen perdió inclusive su fortuna y demostró que había sido ingenuo al pensar que la burguesía aceptaría esos y otros cambios en su perjuicio. Se considera que Owen influyó en el movimiento sindical de los trabajadores y en favor de las

cooperativas.

Décadas después de que escriben los socialistas utópicos, a punto de terminar el siglo XIX, William Morris, -escritor inglés quien se decía seguidor de Marx-, publica (1890) su *News from Nowhere*; por entonces, aparece también en Estados Unidos la obra de Eduard Bellamy, *Looking Backward*, que tiene muy buena acogida, y en los años treinta del siglo XX, Ernest Bloch contribuye con otro libro importante titulado *The Principle of Hope*, en el que trata de “revivir” la idea de la utopía, por considerar que “la intención utópica es la fuerza motora real de la historia.” Toda obra de arte, toda filosofía -escribe- tuvo y tiene una ventana utópica por la que se observa un paisaje que aun está en proceso de desenvolvimiento.”

Y, refiriéndose a la *Utopía*, de Tomás

tes citado de Leo Panitch y Sam Gindin, se sostiene que es necesario revivir el objetivo del socialismo utópico, y que ello depende, más que de clasificar y enriquecer la teoría política socialista, de lo que los seres humanos pueden todavía descubrir qué son capaces de hacer. “La ‘meta utópica’ socialista se construye en torno a ‘la realización de nuestro potencial para ser plenamente seres humanos. Lo que separa este ideal de sus raíces liberales no es sólo el compromiso del socialismo de extender este principio a todos los miembros de la sociedad, sino también la insistencia de que el florecimiento de las capacidades humanas no libera al individuo de lo social, sino que esa liberación sólo es posible a través de lo social, y que los ideales siempre están ligados a alguna noción de justicia y libertad.” “El capitalismo es injusto y antidemocrático, no por ésta o aquella imperfección..., sino porque (...) representa el control de algunos del uso y desarrollo de la capacidad de otros y porque la competencia que promueve, impide a la humanidad liberarse a través de lo social.”⁸

En otro ensayo: *Minimum Utopias: Ten Thesis*, de Norman Geras, sus diez tesis son: 1) el socialismo es utópico; 2) todos debiéramos, sin vacilar, aceptar la utopía; 3) la utopía socialista tiene ingredientes máximos y mínimos; 4) la gente seguirá anhelando lo que puede estar más allá de su alcance; 5) políticamente, y como socialistas, debiéramos aspirar a una utopía mínima, o sea un mundo que supere sus más graves privaciones y horrores; 6) una utopía mínima y una meta revolucionaria; 7) esta utopía mínima debiera suscribirse como anticapitalista, pero no antiliberal; 8) aceptar la utopía implica aceptar una ética sustantiva; 9) el mundo moral que habitamos es como si estuviera gobernado por un acuerdo de indiferencia mutua, y 10) una utopía mínima supone una cultura de ayuda mutua.⁹

Desde otra perspectiva analítica, en su ensayo “*Del Socialismo Científico al Socialismo Utopico*”, Adolfo Sánchez Vázquez propone las siguientes 11 tesis no utópicas sobre la utopía:

- 1) La utopía es la representación imaginaria de una sociedad futura;
- 2) la utopía es, además, una sociedad deseada, que intenta realizarse;
- 3) la utopía es una idea no realizada, realizable a los ojos del utopista, pero en definitiva, irrealizable;
- 4) la utopía hunde sus raíces en el presente;
- 5) el utopismo es un producto histórico necesario;
- 6) la utopía constituye una relación peculiarmente ilusoria con el presente;
- 7) como forma de la ideología, sin dejar de ser una anticipación imaginaria, la utopía tiene una existencia real, efectiva;
- 8) como idea no realizada y como práctica utópica, entraña cierta destrucción de la

unidad de la teoría y la praxis;

9) la utopía revela un hueco que la ciencia no puede llenar;

10) la utopía es incompatible con la conciencia del utopismo;

11) los utopistas se han limitado a imaginar el mundo futuro, de lo que se trata es de construirlo.¹⁰

En el *Diccionario de Política*, de Norberto Bobbio, Nicola Malteucci y Gianfranco Pasquino, se dice: “El historiador del pensamiento político... está de acuerdo con aquellos utopistas que definen la u (de utopía) como el mejor de los mundos posibles, no como el mejor de los mundos pensables.”¹¹

Por otra parte, aun hoy: “...acción política y perspectiva utópica siguen unidas en Karl Marx, en la presentación de todo lo que precede a la realización de la sociedad comunista como prehistoria de la humanidad.”¹²

Y hace apenas unas semanas, *Monthly Review* publica un interesante ensayo del profesor Bertell Ollman, que se presenta como “Crítica marxista”, en el que se resumen las principales críticas de Marx a los utopistas, como sigue:

1) el pensamiento utópico tiene del futuro visiones rígidas y completas, que no son realistas; 2) no hay bases para determinar si tales visiones son o no deseables; 3) tampoco las hay para establecer si esa sociedad será posible y funcionará como se espera; 4) las visiones utópicas limitan la posibilidad de examinar dialécticamente el presente como dimensión temporal; 5) el pensamiento utópico desenlaza en formas inadecuadas de pensar, y 6) lleva, además, a estrategias políticas ineficaces...¹³

Junto a la crítica de Marx a los utopistas, Ollman expresa opiniones de reconocimiento y respeto como la siguiente: “Las realizaciones positivas del pensamiento utópico no son insignificantes; por tanto habría que pagar un alto precio por ellas.”¹⁴

La Ciencia y su modernización

Lo que el profesor británico John D. Bernal llama la revolución científica, recorre tres fases: la primera corresponde al Renacimiento y abarca poco más de cien años, desde mediados del siglo XV a la mitad del XVI – 1440 a 1540–, y su importancia radica en que fue un movimiento humanista conciente y revolucionario. En él destacan figuras excepcionales como Leonardo da Vinci, y junto a una actitud crítica de todo lo viejo, que más tarde desenlaza en esfuerzos renovadores y constructivos, la navegación abre nuevos caminos a lugares hasta entonces desconocidos y la astronomía adquiere el carácter de una verdadera ciencia con el aporte de Copérnico sobre la rotación de la Tierra y su posición, no de centro del sistema, sino alrededor del Sol.

La segunda fase del desarrollo de la ciencia moderna comprende las primeras revoluciones burguesas y se extiende de 1540 a



El General Lázaro Cárdenas (centro), acompañado del Lic. Alonso Aguilar (izq.) y el Dr. Guillermo Montaña (der.) en un recorrido por michoacán a principios de los años sesenta

Moro, dice Bloch:

“(...) las posesiones de la riqueza no pueden ciertamente distribuirse de una manera justa y equitativa, a menos que la propiedad sea previamente abolida. Mientras continúe existiendo, la pobreza, la fatiga y la zozobra seguirán siendo una carga para la mayor y mejor parte de la humanidad.

“La carga puede ser aligerada un poco; pero removerla totalmente (sin abolir la propiedad) es imposible.”⁷

En años recientes se sigue prestando atención a las utopías, y lejos de que se consideren anticientíficas, se repara en ellas de nuevas maneras y se piensa son importantes, en la medida en que recogen ideales y metas a alcanzar en el futuro. Así, la publicación inglesa *Socialist Register*, correspondiente al año 2000, publica varios interesantes ensayos sobre las utopías. En uno de ellos, el an-

1650. Esta fase incluye, entre otras brillantes contribuciones, las de Galileo y Kepler en el campo de la Astronomía; las de filósofos experimentales como Bacon y Descartes, y no pocos importantes avances tecnológicos, y en una tercera y última fase de ese proceso –1650 a 1690– la ciencia madura y se consolida: En esta etapa se fundan las primeras sociedades científicas en Inglaterra y Francia, y después en otros países, se



Ex Presidente de Estados Unidos John F. Kennedy

institucionaliza la ciencia y se consuma en definitiva su separación de viejas posiciones religiosas, se avanza a partir de entonces en la explicación matemática del universo, se realizan nuevos avances tecnológicos, progresan la química y la biología, y todo ello culmina en la transformación teórica de la visión aristotélica del mundo, iniciada por Copérnico.

Lo anterior corresponde al inicio del capitalismo.

La Ciencia y la Revolución

Este período, que empieza en 1760, a juicio del científico Bernal tiene incluso una importancia mayor que los previos, y concretamente el inmediato anterior. Incluye la revolución Industrial inglesa y las revoluciones políticas de Estados Unidos y Francia. “Las dos transformaciones básicas de los siglos XVI y XVII –escribe Bernal–, que hicieron posibles las del XVIII, fueron el nacimiento de la ciencia experimental cuantitativa y de los métodos capitalistas de producción.”¹⁵

La revolución industrial se caracterizó por un incremento de productividad sin precedente, sobre todo en la industria textil, que

más que resultar de nuevos avances científicos fue fruto del empleo de nuevas tecnologías y de nuevas formas de organización del trabajo. En Francia, contribuyó a ese desarrollo la *Gran Enciclopedia de las Artes, Ciencias y Oficios*, publicada entre 1751 y 1772, en la que destaca la contribución de Diderot y D’Alembert; y de Estados Unidos, la principal figura de esa época fue Benjamín Franklin, quien trabajó en Francia e Inglaterra.

“La gran contribución científica del período de la Revolución Industrial, según Bernal, fue la fundación de la Química... Moderna.”¹⁶

La transformación del pensamiento en las ciencias físicas fue una gran extensión de los resultados de la revolución previa, que se expresó en la síntesis newtoniana, primero

terialismo guarda todavía... los gérmenes de un desarrollo multilateral. Hobbes sistematiza el materialismo de Bacon... y el materialismo se hace unilateral...”²⁰

Seguimos a Engels. Locke fundamenta el principio de Bacon y Hobbes, de que los conocimientos y las ideas tienen su origen en el mundo de los sentidos, “pero casi todos los hombres cultos de Inglaterra seguirán creyendo en milagros imposibles...” La concepción agnóstica de la naturaleza –piensa Engels– es materialista, pero vergonzante.

El materialismo pasa de Inglaterra a Francia, donde se desarrolla bajo la influencia del capitalismo. La Revolución Francesa fue la primera que se despojó totalmente del manto religioso, y que llevó la batalla política hasta la destrucción de la aristocracia y el triunfo completo de la burguesía...”²¹

“La industria y la ciencia han creado los resortes necesarios para fundar un régimen social incompatible con la pobreza y la ignorancia...”. La ciencia y la técnica, sin embargo, parecen haber estado ligadas a grandes movimientos sociales y políticos.

en campos de la ciencia tales como el calor, la electricidad y la química, y posteriormente en la economía y la política.”¹⁷

Lo que, desde otra perspectiva influye en la modernización de la ciencia. Y a ello se ligán estrechamente la revolución inglesa de fines del siglo XVII, la independencia de Estados Unidos, la revolución francesa, la revolución industrial, las nuevas luchas sociales y la obra de filósofos como Voltaire y Rousseau, de Lavoisier, de Vico, Darwin, Hegel, los economistas clásicos ingleses, y tantos otros pensadores que precedieron y en cierto modo hicieron posible el materialismo dialéctico e histórico de Marx y Engels, que a su vez tanto contribuyeron al desarrollo de las ciencias sociales.¹⁸

En su excelente ensayo “*Del socialismo utópico al socialismo científico*”, Engels recuerda las corrientes científicas que precedieron al materialismo dialéctico e histórico. Inglaterra, dice, es donde surge el materialismo a partir del siglo XVII, y su padre es Bacon, quien piensa que la ciencia de la naturaleza es la verdadera ciencia, y la física experimental, la parte más importante de ella.¹⁹

En Bacon, añade más adelante, “... el ma-

Según los grandes pensadores franceses, todo debía ceder y explicarse ante la razón, que en realidad era el reino idealizado por la burguesía.

Los socialistas utópicos descubren las más graves fallas del capitalismo de su época, pero no las causas que las determinan, y por tanto cómo avanzar hacia formas superiores de organización social.

La filosofía francesa del siglo XVIII, y poco tiempo después, la filosofía alemana que culmina en Hegel, entraña importantes avances, sobre todo al dar cabida al pensamiento dialéctico. Engels recuerda el carácter dialéctico de algún estudio de Diderot y del ensayo de Rousseau sobre el origen de la desigualdad entre los hombres, y desde luego la filosofía de Hegel, que no obstante ser idealista es, al propio tiempo, dialéctica. Pero al proceder aisladamente, sustraídos a la dinámica del todo, o sea de conjunto, las cosas se ven en forma estática y no como algo siempre variable.

Engels subraya que “al reparar en la historia comprobamos que todo se mueve y cambia, nace y perece. Para el metafísico los conceptos son objetos aislados, fijos, rígidos. Para él, una cosa existe o no existe, no pue-

de ser al mismo tiempo lo que es y otra distinta. Lo positivo y lo negativo se excluyen en absoluto... O en otras palabras, obsesionado por los árboles, no alcanza a ver el bosque..."²²

"Para la dialéctica, la naturaleza es la piedra de toque, y las modernas ciencias naturales aportan un acervo de datos extraordinariamente copiosos y enriquecido cada día que pasa..." "Pero hasta hoy, los naturalistas que han sabido pensar dialécticamente pueden contarse con los dedos..."

La filosofía alemana moderna remata en el sistema de Hegel, "en el que por vez primera -y ese es su gran mérito- se concibe todo el mundo de la naturaleza, de la historia y del espíritu como un proceso... en constante movimiento, cambio, transformación y desarrollo..."

"Hegel es idealista, es decir que para él las ideas de su cabeza no eran imágenes más o menos abstractas de los... fenómenos de la realidad, sino que, por el contrario, eran proyecciones de la 'Idea' que ya existía, no se sabe cómo, antes de que existiese el mundo..."

"La conciencia de la total inversión en que incurría el idealismo alemán, llevó necesariamente al materialismo, pero no... a aquel materialismo puramente metafísico y mecánico del siglo XVII."

En la primera mitad del siglo XIX, la lucha de clases cobra impulso en los países europeos más avanzados, y así, los hechos se encargaron de exhibir la invalidez de las posiciones burguesas según las cuales hay una identidad de intereses del capital y el trabajo."

"La concepción materialista de la historia, la producción y el cambio de lo que se produce, son la base de todo orden social." Por ello, las causas de tales cambios deben buscarse no en la filosofía sino en la economía de la época de que se trate. Bajo el capitalismo la producción, antes individual, se socializa crecientemente, y la contradicción entre una producción social y una apropiación capitalista se agrava.²³

"Antes de Marx -escribe Bernal- la ideología socialista consistía en meras exhortaciones o descripciones. Él la hizo una ciencia, y advirtió la importancia de la ciencia en la política revolucionaria. O sea que la teoría debería acompañarse de la lucha de grandes masas de seres humanos, y concretamente de la clase trabajadora, pues ésta será la que transformará la sociedad capitalista en comunista.

"A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la ciencia social se dividía en dos tendencias rivales y fue burguesa o marxista. La primera definía al capitalismo como el mejor sistema social conocido hasta entonces, y sostenía que éste duraría para siempre, o al menos por un período muy largo. La ciencia social marxista, es en cambio, materialista e histórica, y considera que el

capitalismo, y de hecho todas las formas de organización social, representan solamente una fase, y que el desarrollo de cada una de ellas está limitado por el nivel de las fuerzas productivas y por las relaciones de producción existentes, entre las que siempre hay desajustes.

"Utilizando críticamente la teoría del valor trabajo, de Smith y Ricardo, Marx elabora el concepto de plusvalía, lo que le permite entender cómo se explota a los trabajadores y cómo funciona el capitalismo, y especialmente el proceso de acumulación del capital. "Sin el marxismo, la historia humana se limitaría todavía a la simple narración de cambios políticos, sin un hilo coherente que los explique." ²⁴

Hacia fines del siglo XIX, la teoría económica burguesa se fue separando cada vez más de la historia y de la realidad, y en vez de reparar en hechos, se formuló a partir de principios abstractos y de supuestas "leyes de hierro". Bernal recuerda que incluso John Stuart Mill, en 1852, en sus *Principios de Economía Política*, expresó dudas respecto a que la miseria de entonces obedeciera a ciertas leyes. La teoría de la utilidad marginal pretendía, sobre todo, responder a críticas de Marx al capitalismo, a partir de la idea de que "todos los valores se fijan por aquel en el que la última o marginal unidad puede intercambiarse con un beneficio o ganancia."

"Los costos medios se reemplazan por los costos marginales." Y como conforme a esta teoría "el trabajo no entra en la determinación del valor, no puede haber plusvalía o explotación; de ahí que los argumentos de Ricardo y Marx, sean irrelevantes."

"Los principales rasgos de esta escuela, su formación y subjetivismo, son característicos del retroceso intelectual de fines del siglo XIX. Señalan un regreso a las inadecuadas explicaciones matemáticas de fines del siglo XVII. Con la introducción de la estadística parecía que, en la frase de Jevons: "Nuestra ciencia debe ser matemática porque tiene que ver con cantidades". Y al eliminar de la economía toda forma de explotación, dejaba afuera toda crítica revolucionaria.

Bajo la influencia de esas ideas triunfaron el pragmatismo y el positivismo, que pretendían ser prácticas y no se interesaron en la teoría o la metafísica, que incluso sería asociada a la realidad. De ahí surgió la sociedad fabiana, en Inglaterra, con la que los Webb y otros intentarían modificar grandemente el sistema social, no a partir de una teoría económica ni menos de una lucha revolucionaria, sino de medios como la Escuela de Economía de Londres, y otros, que contribuirían a mejorar la administración del capitalismo.

A partir de la obra de Marx, por otra parte, cobran importancia posiciones críticas que postulan la necesidad de unificar la ciencia, o sea no verla dividida en ciencias naturales

y sociales. Esa unidad se expresa en *El Capital*, estudio que permitió a Marx examinar la dinámica capitalista y la explotación que la caracteriza, así como crear un nuevo método: el materialismo dialéctico, tan importante para el desarrollo de las ciencias sociales como para el de las ciencias naturales, como fue el método experimental desde el siglo XVII.

Quienes a partir del marxismo empezaron a examinar la sociedad capitalista y a pensar en cómo hacerle frente para crear un nuevo y mejor orden social, no mantuvieron una posición unitaria. A diferencia de Marx, Engels y otros que trabajaron conjuntamente y de acuerdo, algunos tendieron a adoptar posiciones reformistas y social-democráticas, como ocurrió con los adherentes a la II Internacional de Bernstein; unos se volvieron anarquistas y unos más, aunque no se sumaron a dicha organización, sostuvieron posiciones propias que discrepaban de las de otros marxistas, como fue el caso, por ejemplo, de Bujarin y Rosa Luxemburgo.

Lenin fue el marxista más destacado de los primeros años del siglo XX, y sus contribuciones tanto en el campo de la teoría como de la lucha revolucionaria fueron fundamentales.

Su trabajo teórico se inició cuando el capitalismo se desplaza de la fase premonopolista a la del capital monopolista y el imperialismo. En *Materialismo y Empiocrítica*, Lenin critica las tendencias positivistas que se advierten en algunos pensadores que influyen tanto en el movimiento socialista ruso como de otros países. Pero lo que más preocupa a Lenin es trazar una estrategia que permita realizar con éxito una revolución socialista en Rusia, en 1917. Por eso, para él son cuestiones de especial importancia el papel de la clase obrera y su alianza con el campesinado, el tipo de partido que será preciso crear, el carácter del nuevo Estado y la necesidad de entender que no habiendo tenido éxito la lucha revolucionaria en Alemania y otros importantes países europeos, el proceso revolucionario en Rusia sería sumamente difícil, pero aun así, habría que llevarlo adelante.

El capitalismo de la primera mitad del siglo XX es particularmente violento y represivo. Las dos guerras mundiales que entonces se registran son las más cruentas, y entre ellas se sufre la crisis de 1929, la larga y profunda depresión de los años treinta, que desemplea a millones de trabajadores, y el brutal fascismo, primero en Italia y después en Alemania, Japón y otros países. Y aunque amplios sectores populares se desenvuelven y refuerzan movimientos antifascistas y en general progresistas, las clases dominantes adoptan posiciones anticomunistas, que en realidad se oponen a toda postura avanzada o simplemente democrática, como ocurrió con el macartismo en Estados Unidos, y con ciertas corrientes muy conservadoras, en

Inglaterra y otras naciones. Durante algunos años fue también importante la influencia del keynesianismo en la política económica y aun en ciertos planos teóricos, y aunque Keynes objetó algunas de las explicaciones más simplistas y apologéticas de la teoría de la utilidad marginal, nunca se opuso al capitalismo monopolista y siempre pensó que un correctivo a la crisis sería mantener y sobre todo reducir los salarios reales de los trabajadores.

En el campo de la ciencia política prevalecieron las viejas posiciones, y se tendió a rechazar la idea de que podría avanzarse hacia una nueva y mejor forma de organización social. Y en actitud más apologética, quienes defendían al capitalismo como el mejor de los mundos posibles, incluso consideraban peligroso proponer transformaciones sociales de fondo.

Parecía lógico pensar que en el futuro las ciencias sociales serían cada vez más importantes. Sin embargo nada garantizaba que ello tuviera que ocurrir. Lo cierto es que no sólo la ciencia social burguesa no se interesa en examinar seriamente la realidad, sino incluso corrientes progresistas cercanas al marxismo, no lo hacen tampoco. En efecto, abundan las posiciones académicas que no relacionan la teoría y la práctica, y que no se expresan en acciones y luchas, así como, a la inversa, quienes actúan en la política en planos meramente pragmáticos y de hecho sin base teórica alguna. Y aun podría decirse que en la propia ex Unión Soviética y otros países socialistas europeos, la ciencia social no se desarrolló como, a partir de una posición marxista, pudiera haberse esperado.

Como dice John Bernal, en tanto las ciencias sociales permanezcan atadas a las viejas formas de organización social, no tendrán futuro, pero una vez que rompan con esa traba, encontrarán nuevas fuentes de inspiración y muchos campos de actividad. Y, tanto en países capitalistas como socialistas, habrá un futuro para el estudio crítico serio y libre del hombre y sus instituciones.

La técnica, la ciencia, y las tradiciones propias de cada una de ellas se han desenvuelto separadamente. La ciencia y la técnica, sin embargo, parecen haber estado ligadas a grandes movimientos sociales y políticos.

El último período de avances científico-técnicos corresponde a décadas recientes, y se caracteriza por la penetración de la ciencia en todas las ramas de actividad.

En cada época de grandes avances, éstos han resultado de una relación más estrecha entre la teoría y la práctica. Una mala teoría, si se pone a prueba una y otra vez, puede llevar a una buena explicación. La astronomía y la química fueron precedidas por la astrología y la alquimia.

El estudio de la historia de la ciencia demuestra que ésta no es algo estático, sino un proceso ligado a otras actividades humanas

y que interactúa con ellas. Aún hoy, algunos piensan que la ciencia es un sistema autónomo desligado del mundo social. Lo que no advierten es que nosotros mismos vivimos en una fase que corresponde tanto a una transformación de la ciencia como de la sociedad.

Las relaciones de la ciencia y la sociedad son recíprocas. Ningún Estado industrial moderno podría existir hoy sin la ciencia, que incluso recientemente se convierte en una fuerza productiva.

Las posturas políticas de nuestro tiempo son en parte el resultado de los efectos materiales de la ciencia; pero éstos no son los únicos. Las ideas de la ciencia influyen también profundamente sobre el pensamiento y la acción del hombre, y tal influencia es filosófica y política, así como religiosa y artística.

La comprensión cabal de las cambiantes relaciones entre la ciencia y la sociedad, requiere tomar en cuenta tanto factores materiales como ideológicos.

El descubrimiento de los problemas es más importante que el de las soluciones. Este puede lograrse a través de experimentos y argumentos lógicos. El de los problemas, en cambio, sólo es posible con una imaginación estimulada por el conocimiento de las dificultades para resolverlos.

La transformación de la economía a partir del uso de la ciencia es un hecho reciente. Y este proceso, además, actualmente se desenvuelve mucho menos lentamente que en el pasado.

Un aspecto muy importante de la interacción ciencia-sociedad es el efecto que en la ciencia tiene la división en clases sociales. La transformación de la tecnología, en general ha dependido de los intereses de individuos y grupos de la clase dominante.

La división de la sociedad en clases ayuda a comprender los conflictos que dividen a la ciencia, y sobre todo aquellos que más afectan ahora a la ciencia social, o sea cuando la ciencia se convierte, como ocurrió siempre con la técnica, en parte indispensable de las fuerzas productivas.

El desarrollo de la ciencia en las diferentes regiones del mundo es muy desigual, aunque está cambiando con rapidez. Y la distribución corresponde, en general, a la de la industria pesada. El control del complejo industrial lo ejercen pocos países altamente desarrollados, con Estados Unidos a la cabeza, aunque en cada uno de ellos la fuerza social dominante es una pequeña y poderosa oligarquía.

Los dos rasgos más característicos en la investigación y desarrollo de la ciencia bajo el capitalismo actual, y sobre todo en EU, son la concentración y la militarización. Nunca antes el gasto militar—frente al civil—fue tan grande como hoy. Y tales rasgos expresan la importancia del capital monopolista. Históricamente, se recurrió a la ciencia

cuando se pensó que ésta era la forma más lucrativa de organizar la producción. En tal sentido podría decirse que la investigación científica es una forma de inversión de capital.²⁵

Dos problemas fundamentales de la ciencia en nuestros días son cómo puede hacérsela florecer y crecer, y cómo podemos lograr que los resultados de la ciencia se utilicen en bien de la humanidad. Las respuestas a tales cuestiones no son meramente académicas sino prácticas. Con frecuencia, sin embargo, faltan a los científicos recursos necesarios para realizar su trabajo y hacer avanzar la ciencia, sobre todo en los países subdesarrollados, no obstante que en ellos muy poca gente se dedica a la investigación científica.

El trabajo científico es de carácter social, y en cada campo de investigación, requiere un propósito común.

La ciencia necesita, además, de la lógica y la capacidad para formular nuevas maneras de entender nuevos problemas.

La ciencia no fallará por falta de capacidad humana, sino por ausencia de una organización social que permita utilizar esa capacidad.²⁶

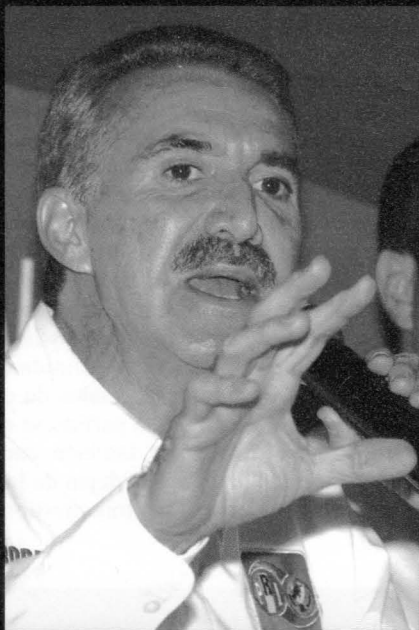
Lucha

Suele decirse que sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario, y también que, sin lucha revolucionaria es difícil formular una teoría revolucionaria, lo que en otras palabras significa que entre la ciencia y sobre todo la ciencia social y la lucha hay una estrecha relación.

En cuanto a la lucha, en particular, a menudo se subraya su importancia, y no pocas veces, a la inversa, se sugiere que las cosas son como son, al margen de que se luche o no por ellas. La verdad es que la lucha juega un papel fundamental, sin que ello quiera decir que su triunfo esté asegurado. Se exagera cuando se afirma que ciertos avances con irreversibles, pues si se piensa en las principales luchas políticas del siglo XX, se advierte que aun varias de las más importantes cambian de rumbo, se interrumpen, sufren graves retrocesos e incluso son derrotadas después de haber triunfado.

La Revolución Mexicana de 1910, por ejemplo, fue traicionada apenas triunfante, y Francisco I. Madero, su principal dirigente, cobardemente asesinado. Años más tarde, la Revolución bajo el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas empezó a cumplir sus promesas al pueblo, pero inmediatamente después se abrió un largo período de apaciguamiento y derechización.

La Revolución de Octubre, en Rusia, bajo la dirección de Lenin conquista la victoria, derrota a los países capitalistas que tratan de hacerla fracasar, y avanza hacia el socialismo. Mas esto es sólo el principio. Los largos años de stalinismo, si bien permiten a la URSS un gran desarrollo económico y cul-



**Roberto Madrazo
Pintado, de la Alianza
Por México (PRI-
PVEM) izq.**



**Felipe Calderón,
del Partido Acción
Nacional der.**



**Andrés Manuel López
Obrador, de la
Coalición Por el Bien
de Todos (PRD-PT-
Convergencia)**

Fotos Cuartoscuro

tural, así como tiempo después derrotar la agresión fascista hitleriana, se expresan también en desigualdades sociales y en situaciones antidemocráticas y aun represivas. Y hoy, ni siquiera existe ya la Unión Soviética.

La Revolución contra el tirano Machado, en Cuba, se frustra por la intervención de Estados Unidos que impone un "machadato sin Machado", y años después, la Revolución que encabeza Fidel Castro contra la dictadura de Batista, triunfa y se sostiene gracias a la unidad, decisión y combatividad de sus dirigentes y al apoyo del pueblo, pero a lo largo de muchos años el imperialismo la hostiliza, la bloquea, la agrede, y representa un obstáculo permanente no fácil de superar.

La revolución china, de 1949, triunfa también, pese a la agresión japonesa, al gobierno pro yanqui de Chiang Kai Shek y la intervención norteamericana. En los años de la

"revolución cultural" China vive serios problemas, y en el último cuarto de siglo logra un extraordinario crecimiento económico, aunque el capital extranjero cobra gran importancia, lo que no deja de ser una amenaza a su soberanía.

La revolución guatemalteca, cuando intenta hacer valer su derecho a la autodeterminación y a realizar ciertas reformas democráticas, no logra abrirse paso, porque el imperialismo, apoyado por fuerzas conservadoras, lo impide.

El triunfo pacífico de la Unidad Popular en Chile es importante, pero el golpe de estado reaccionario que encabeza el general Pinochet derroca al gobierno constitucional, e impone su dictadura apoyado por poderosas empresas transnacionales de Estados Unidos, y provoca la muerte del doctor Salvador Allende.

La Revolución Sandinista en Nicaragua

realiza avances significativos. No obstante, la guerra sucia del imperialismo, la falta de unidad en la dirección y los graves errores de algunos de sus dirigentes, contribuyen a que fuerzas burguesas pro imperialistas retomen el poder.

En la revolución en la pequeña isla de Granada, la ausencia de unidad de sus mandos políticos y militares y la violencia con que proceden al asesinar al primer ministro Bishop y a otros altos funcionarios del gobierno, propician la invasión de Estados Unidos, que acaba con la posibilidad de llevar a cabo una transformación revolucionaria.

En los últimos años surge en Venezuela el importante movimiento socio-político que encabeza el presidente Hugo Chávez -la Revolución Bolivariana-, y no obstante la fuerte oposición de sectores internos e internacionales vinculados a Estados Unidos, que se beneficiaban con la corrupción reinante y el viejo orden de cosas, y que incluso lanzan un golpe de estado en 2002, las fuerzas democráticas se sostienen y avanzan, gracias al apoyo del pueblo y la mayor parte del ejército. En realidad los golpistas solo pseudogobiernan un día, en el que intentan sin éxito invalidar todo lo que el gobierno constitucional había hecho.

En Uruguay, el "Frente Amplio" no solamente triunfa de nuevo en Montevideo, sino que por primera vez derrota a escala nacional a los partidos tradicionales -Colorado y Blanco-, que desde siempre, o sea desde que se independiza políticamente el país, habían controlado el proceso electoral, y gobernado.

Podríamos recordar otras luchas importantes, pero me limitaré a mencionar que, recientemente se registran nuevas y prometedoras situaciones políticas en varios países. Los pueblos indios empiezan a organizarse en México (Chiapas), en Bolivia, Ecuador, y Guatemala, y reclaman respeto a su cultura, a sus formas de vida y a sus demandas de autonomía.

En Bolivia y Ecuador, luchando con otras fuerzas populares, incluso logran derrocar a gobiernos antidemocráticos. Y el movimiento zapatista de Liberación Nacional, en México, contribuye a enriquecer la lucha social y política, y reintroduce categorías históricas que los partidos tradicionales habían eliminado.

El proceso de cambio social es tan complejo, que no sólo toda revolución se enfrenta a fuerzas poderosas que se empeñan en cerrarle el paso, sino que inclusive movimientos populares que a menudo sólo se proponen realizar ciertas reformas democráticas, tropiezan con múltiples obstáculos, y con frecuencia fracasan porque carecen de estrategias y de bases teóricas válidas, cometen errores, no logran unirse, mantienen bajos niveles y formas inadecuadas de organización, o caen en desviaciones reformistas o

sectarias y dogmáticas.

No son pocas las luchas que carecen de estrategia y de bases teóricas sólidas, lo que significa que aun sus propios dirigentes no saben con claridad hacia dónde van, qué es lo que pretenden y cómo se proponen lograrlo. A menudo, además, si bien se expresa y aun reitera que se requiere partir de una explicación teórica rigurosa, en realidad se prescinde de ella, y lo que se hace es más bien repetir mecánicamente ciertos planteos teóricos, sin reparar en que la realidad puede haber cambiado, y que, por tanto es necesario ponerse al día con los hechos, o sea proceder creativamente y no caer en el error de pensar que lo que fue válido en un momento dado, debe serlo también años después.

Hoy día es común que en las referencias

transforme en otro esencialmente distinto y mejor.

Y, menos todavía puede ello lograrse con una reforma monetario-fiscal de corte keynesiano desarrollista, y ni qué decir, con las llamadas reformas "estructurales" que el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la OMC, recomiendan y aun tratan de imponer a los países subdesarrollados, y que en realidad son reformas superficiales, palaciegas y reaccionarias, que como las políticas neoliberales y el Consenso de Washington en que se apoyan, se interesan principalmente en elevar la tasa de ganancia y beneficiar a grandes empresarios monopolistas con frecuencia extranjeros, acentuar la desigualdad social y lesionar a los trabajadores, cuyas condiciones laborales y de vida son ya más desfavorables que las que priva-

actúa; se exageran, y a veces no se advierten siquiera ciertas contradicciones, y todo ello lleva a cuentas alegres y a suponer fácil incluso lo que es cada vez más difícil.

El solo problema de la unidad compromete e impide el triunfo de múltiples luchas. La unidad puede parecer sencilla, pero no lo es. Aun entre quienes militan en un mismo partido, es fácil advertir múltiples discrepancias; lo es porque aunque se habla a menudo de unidad, sucede también que no queda claro en torno a qué debieran unirse. Esto pasa, sobre todo, cuando faltan programas y líneas de acción fundamentales bien definidas, y pesan más las posiciones parciales de corrientes que en el seno de un partido se enfrentan unas a otras. Ocurre, también, cuando los problemas de fondo se dejan de lado y casi no se mencionan, mientras cuestiones

Las relaciones de la ciencia y la sociedad son recíprocas. La comprensión cabal de las cambiantes relaciones entre la ciencia y la sociedad, requiere tomar en cuenta tanto factores materiales como ideológicos. La ciencia no fallará por falta de capacidad humana, sino por ausencia de una organización social que permita utilizar esa capacidad.

al capitalismo y al imperialismo se observen serias discrepancias. Mientras algunos piensan que por seguir siendo en gran medida capitalista la actual sociedad, todo tiende a ser igual que antes; otros, en cambio, afirman que vivimos ya en una sociedad post capitalista, en la que todo es diferente, y otros más aseguran que estamos en una fase postimperialista del capitalismo.

Sobre el imperialismo, concretamente, en tanto algunos repiten las teorías clásicas — digamos la de Hilferding, Lenin, Rosa Luxemburgo, Bujarin, etc., otros consideran que el imperialismo ha sufrido profundos cambios y que, sin olvidar a los autores clásicos, hoy es preciso reapreciar el funcionamiento del capital monopolista y examinar sus nuevos rasgos para actualizar y enriquecer la teoría del imperialismo.

Hay luchas que a menudo sólo pretenden contribuir a realizar alguna reforma, porque quienes las promueven y organizan consideran que esa reforma bastará para que se registren cambios de fondo. Y aun siendo importante la reforma elegida, como es el caso de una reforma agraria genuina, ello no basta para que un orden social determinado se

ron hace algunos años, y concretamente en la fase de expansión posterior a la II Guerra Mundial.

Un segundo rasgo presente a menudo en los movimientos populares, consiste en que carecen de una estrategia propia. Lo que sucede con frecuencia es que aun no haciendo suya la posición extrema de la señora Margaret Thatcher, ex primera ministra de Inglaterra, quien hizo famosa la frase: "no hay alternativa", por una u otra razón se preocupan más por medidas de corto alcance y aun coyunturales, que por una visión de largo plazo, en realidad estratégica, que merezca un amplio acuerdo de los trabajadores, y oriente la acción política.

En luchas muy importantes, que sin embargo a la postre fracasaron, sorprende que aun cuadros experimentados y militantes cometan serios errores. E incluso mayor sorpresa causa que en tales casos se incurra en la grave falla de no examinar autocriticamente lo hecho. Lo que revela que, en realidad, la autocritica no se práctica, o sólo se hace de manera muy parcial e inadecuada. Entre otros errores, falta un conocimiento riguroso de la realidad en la que se

secundarias y menores, sobre las que hay posiciones muy diversas, pasan al primer plano.

Otro factor que por si solo complica la unidad es que, hoy, las luchas sociales deben librarse en planos muy amplios y agrupando fuerzas muy heterogéneas. Unir a obreros y campesinos, a obreros y empleados, a pequeños productores, a personas que explicablemente piensan de maneras diferentes, no es fácil. Y, dados los profundos cambios recientes en el proceso de trabajo, tampoco lo es unir a trabajadores que antes estaban muy cerca entre sí, pero que ahora tienen otras funciones en el proceso productivo, trabajan ya separados y aun geográficamente muy alejados unos de otros.

Inclusive unir en la lucha política a quienes dicen tener la misma manera de pensar, es difícil. Para comprobarlo bastaría recordar que, entre quienes afirman ser revolucionarios y aun marxistas suele haber diferencias que les impiden trabajar conjuntamente y de común acuerdo.

Otra grave limitación en las luchas populares consiste en que frecuentemente el nivel y las formas de organización son bajos e

inadecuados. O en otras palabras, aun habiendo entusiasmo y decisión para plantear ciertas demandas, la organización es defectuosa y pobre, falta disciplina, el trabajo colectivo es débil y no pocas veces incluso se piensa que basta repetir verbalmente ciertas cuestiones para triunfar. O bien la lucha se libra sólo en ciertos planos dejando de actuarse en otros no menos importantes

Uno de los planos en que hoy es muy importante luchar, es el propiamente cultural. Con frecuencia se presta atención, y aun se centra el trabajo en lo político- no pocas veces incluso en lo meramente electoral- y en ciertas demandas y reivindicaciones económicas. A la lucha cultural se la deja de lado, o sólo de repara en aspectos aislados. Se olvida a menudo, por ejemplo, aquello de que nada hay tan práctico como una buena teoría, y que la cultura no es un fenómeno de salón que sólo interese a ciertos intelectuales, sino una expresión fundamental de todo lo que el hombre hace, y por tanto de su esfuerzo cotidiano para ganarse la vida.

Los trabajadores influyen en la vida cultural mucho más de lo que creen; pero ni ellos mismos lo saben, ni la sociedad, en general, lo toma en cuenta. Hoy, el hecho de que la mujer participe masivamente en la fuerza laboral, y a la vez el que millones de trabajadores carezcan de empleo y tengan que emigrar a otros países, tiene gran importancia e influye en múltiples aspectos de la vida cultural, empezando por la familia. También lo hace el nivel de escolaridad y otros hechos ligados a la educación. Pero lo que a menudo sucede es que estas nuevas realidades no se reflejan en una activación de la lucha ideológica, e incluso no es extraño que la dependencia respecto a la ideología de las clases dominantes, y especialmente del imperialismo norteamericano —el “american way of life”, se acentúe, y que no pocos trabajadores sean ganados a la falsa y derrotista idea de que nada puede hacerse frente a tal situación; porque lo cierto es que aun en condiciones más difíciles que las actuales nuestros pueblos pudieron salir adelante en otros tiempos. Y volverán a hacerlo, hasta lograr su plena liberación, proceso que entre otras cosas requiere fortalecer la solidaridad, sobre todo con los pueblos hermanos que se esfuerzan por abrir nuevos caminos revolucionarios.

Todo ello es necesario, además, para crear una conciencia revolucionaria.

Y algo más que cabría recordar es que una revolución no se inventa caprichosamente. “Para un marxista, pensaba Lenin, una revolución es imposible sin una situación revolucionaria, y no toda situación revolucionaria conduce a la revolución. Sólo cuando los ‘de abajo’ no quieren vivir como antes y los ‘de arriba’ no pueden continuar como antes, puede triunfar la revolución...”²⁷

Un hecho grave es que con frecuencia se

cae en desviaciones como el reformismo o el sectarismo y el dogmatismo, desde los cuales es difícil e incluso imposible triunfar.

A propósito del reformismo, a veces no se recuerda que ciertas posiciones reformistas estuvieron, en un momento dado, vinculadas al marxismo. Por ejemplo la II Internacional, de Bernstein, que discrepó de la I, de Marx y Engels, y de la III Internacional leninista, postuló que podría avanzarse sin revolución, pacíficamente, del capitalismo al socialismo, e inicialmente se conformó con contribuir al Estado capitalista del bienestar, y más tarde ha terminado ayudando a que Inglaterra dependa como nunca antes del imperialismo de Estados Unidos y de la agresiva política militarista de guerra preventiva de Bush.

En el otro extremo, tampoco han triunfado las posiciones sectarias y dogmáticas. Así como algunas no marxistas excluyen todo pensamiento marxista, ciertos esfuerzos que se ostentan como marxistas rechazan o ignoran toda posición que consideren no marxista. Esta estrecha y errónea opinión seguramente no comprendería cómo y por qué los revolucionarios cubanos, con el comandante Fidel Castro a la cabeza, afirman ser marianos y marxistas; como no comprenderían que las raíces más profundas de nuestra historia, pese a no ser marxistas, pero sí populares, progresistas y válidas, son, a la vez, esenciales para conocer nuestra realidad e incluso nuestra identidad, o sea nada menos que quiénes somos, de dónde venimos y por qué luchamos.

Las posiciones dogmáticas que dicen ser marxistas, en realidad no lo son, o al menos su “marxismo” no es el de Marx, sino en todo caso un extraño y superficial “marxologismo”, que sacramentalmente y de manera libresca repite mecánicamente tal o cual frase o breve texto de Marx, sin prestar atención alguna a la realidad, y mucho menos a qué hacer para llevar la lucha revolucionaria adelante, hasta la victoria.

Por fortuna, en luchas recientes se advierten asimismo cambios y avances no deleznable. A menudo son luchas amplias e incluyentes, no estrechas y excluyentes. En ellas no se menosprecia ni descalifica a quienes no están de acuerdo con ciertas posiciones.

En estas nuevas luchas caben hombres y mujeres políticamente organizados y no organizados. Ciertos partidos no son ya los únicos que en ellas participan; también lo hacen diversos e importantes movimientos sociales. Las posiciones nacionales se proyectan, además, a escala internacional, y en vez de sostener que sólo son válidas ciertas ideas, se conjugan esfuerzos y líneas de acción diferentes, y se comprende que la lucha debe librarse simultáneamente en distintos planos, que la unidad en la diversidad es difícil, pero posible y aun necesaria, pues lo que se busca no es restar o dividir, sino todo

lo contrario, es decir: unificar, sumar fuerzas y multiplicarse, ya que solamente así se puede modificar una correlación de fuerzas desfavorable, y triunfar.

*** Ponencia presentada en la Conferencia Internacional, Con todos y para el bien de todos, realizada en La Habana, Cuba.**

1 Pedro Henríquez Ureña, “La utopía de América”, en Leopoldo Zea. *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. Tomo I, Fondo de Cultura Económica. México, 1993, p. 386.

2 Fernando Cardenal. “La Vigencia de las Utopías”, en *América Libre*, Núm. 5, junio 1994, Buenos Aires, Argentina, pp. 7, 18 y 11.

3 F. Engels. “Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico”, en *Obras Escogidas*, de Marx y Engels. Tomo II, y Jesús Silva Herzog. *Antología del Pensamiento Económico Social*, pp. 517 a 551.

4 *Ibid.*

5 Aníbal Ponce, “En el Centenario de Fourier”, Conferencia dictada en México, en 1937. *El Viento en el Mundo*. El Ateneo, Buenos Aires, 1939, p. 295.

6 *Ibid.*, p. 301.

7 Ernest Bloch. Citado por Leo Panitch y Sam Gindin, en “Transcending Pessimism...” en *Necessary and Unnecessary Utopias*, *Socialist Register 2000*. The Merlin Press Ltd. Londres, 1999, p. 3.

8 *Ibid.*, pp. 5 y 6.

9 *Ibid.*, pp. 41 y 51

10 Adolfo Sánchez Vázquez, en *El Valor del Socialismo*, Editorial Itaca, México, 2000, pp. 26 a 31.

11 *Diccionario de Política*. Tomo 2, p. 1620.

12 *Ibid.*, p. 1622.

13 Bertell Ollman. “The utopia a vision of the future (Then and Now)”, *Monthly Review*, New York, julio-agosto de 2005, pp. 89-90.

14 *Ibid.*, p. 89.

15 John D. Bernal, *Science in History*. Watts. Londres, 1954, p. 365.

16 *Ibid.*, p. 374.

17 *Ibid.*, p. 482.

18 El resumen anterior se basa, en gran medida, en los capítulos 7 y 8 de *Science in History*, del científico inglés John D. Bernal.

19 F. Engels. Ob. Cit., en C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas*, Tomo II, Moscú, 1952, p. 87.

20 *Ibid.*, p. 88

21 *Ibid.*, p. 98

22 *Ibid.*, pp. 119, 120 y 121.

23 *Ibid.*, pp. 123 a 132.

24 J. D. Bernal, *Ibid.* pp. 737, 743.

25 John D. Bernal, *Ibid.*, pp. 879 a 885.

26 *Ibid.*, p. 908.

27 V.I. Lenin. Cita por Alonso Aguilar Monteverde, en *Teoría Leninista del Imperialismo*, p. 151, en *Globalización y Capitalismo*, p. 401.